

Nuestro Libro



Texto de lectura para segundo grado
Rogelio F. Outón – Editorial Kapelusz 1923

EL CIEGO

Carlos y Enrique son hermanos. El menor, Enrique, ha tenido la irreparable desgracia de perder la vista. Sólo distingue los objetos por el tacto; tocándolos, se da cuenta de su forma y tamaño, si son suaves o ásperos, blandos o duros.

Como ha adquirido por el ejercicio una gran sensibilidad, le basta tocar un objeto para recordar en seguida su nombre.

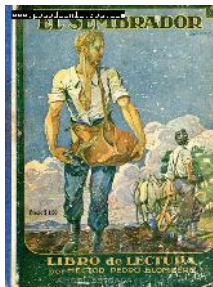
¡Pobre cieguecito! Para él todo es obscuridad. Sólo conoce las grandes y admirables bellezas de la naturaleza, por las conversaciones de los demás. Él no puede distinguir el día ni la noche, los colores de las cosas, ni los agradables aspectos que ellas presentan para quien las puede contemplar. ¡Cómo se alegra cuando algún amiguito le cuenta todo lo que ve!

Se anima y sonríe y le parece que él también lo está viendo.

Carlos no abandona nunca a su hermanito, llevándolo a todas partes donde él va, y quiere que todos sus amigos lo sean también de su hermano.

¡Cuánta simpatía deben inspirarnos las personas que tienen algún defecto físico! y ¡cuánto debemos desear ayudarles y alegrarles la vida!

El sembrador



Libro de lectura para tercer grado
Héctor Pedro Blomberg – Editorial Estrada – Año 1925

La madre de garrón

por Edmundo De Amicis.

Apenas volví a la escuela, recibí una muy triste noticia. Hacía varios días que Garrón no iba, porque

su madre estaba gravemente enferma. Murió el sábado por la tarde. Ayer de mañana, en seguida que entré en la escuela, nos dijo el maestro: "Al pobre Garrón le ha tocado la mayor desgracia que pueda caer sobre un niño. Su madre ha muerto. Mañana volverá a clase. Desdén ahora os suplico, muchachos, que respetéis el terrible dolor que destroza su alma. Cuando entre, saludadlo con cariño, estad serios; nadie juegue, nadie sonría al mirarlo, nadie, os lo recomiendo". Y en efecto, esta mañana, algo más tarde que los demás, entró el pobre Garrón. Sentí una gran angustia en el corazón al verlo. Tenía la cara sin vida, los ojos encendidos, y apenas se sostenía sobre las piernas; parecía que había estado enfermo un mes; era difícil reconocerlo; vestía todo de negro, y daba compasión. Nadie respiró, todos lo miraron.

Apenas entró, al ver por vez primera la escuela, donde su madre había venido a buscarlo casi todos los días; aquel banco sobre el cual tantas veces se había inclinado ella los días de examen para hacerle la última recomendación, y donde él tantas veces había pensado en ella, impaciente por salir a encontrarla, no pudo menos de estallar en un golpe de llanto desesperado. El maestro lo trajo a su lado, y apretándolo contra su pecho, le dijo: "¡Llora, llora, pobre niño; pero ten valor! Tu madre ya no está aquí; pero te ve, te ama todavía, vive a tu lado, y la volverás a ver porque tienes un alma buena y honrada como ella. Ten valor". Dicho esto lo acompañó al banco, cerca de mí. Yo no me atrevía a mirarlo. Sacó sus cuadernos y sus libros, que hacía muchos días que no había abierto. Al abrir el libro de lectura, donde hay una madre con un hijo de la mano, no pudo contener el llanto, y dejó caer su cabeza sobre el brazo. El maestro nos hizo seña para que lo dejásemos estar así, y comenzó la lección. Yo hubiese querido decirle algo, pero no sabía qué. Le puse una mano sobre el brazo, y le dije al oído: — No llores, Garrón. — No contestó; y sin levantar la cabeza del banco puso su mano en la mía, y así la tuvo un buen rato. A la salida, nadie le habló; todos pasaron por su lado con respeto y en silencio...

Sé bueno



Libro de lectura para tercer grado
Juan F. Jauregui – Editorial Kapelusz – Año 1932

La mañana de este niño

Después de asearse bien y tomar su buena taza de café con leche y pan, Carlitos se entretuvo correteando bajo los árboles; descansó un momento, y se ejercitó en aspirar varias veces profundamente, el aire puro de la mañana clara y linda.

Completamente despejado, volvió al patio, con su libro de lectura, y, primeramente en voz baja y luego en alta voz, repasó la página que debía leer en la escuela.

Decía así

LAS TRAVESURAS DE LOS CHICOS

Eduardo y Juan, dos chicos traviesos, provistos de hondas, agazapándose por la abertura de un cerco espinoso, penetraron en una quinta muy arbolada, con el propósito de matar a hondazos, algunos pajaritos.

Y, como dos fierecillas, atacaron a los gorriones, jilgueros y palomitas que se guarecían tranquilamente en la espesura del follaje.

Después de corretear espantando a cuanto bicho viviente divisaban, sudorosos y sin haber matado, felizmente, ni una sola avecita, se dirigieron hacia el portillo del cerco para regresar. ¡Pobres criaturas!, llegó a sentirlos el perro del quintero, los alcanzó cuando llegaron al cerco, y atacó a Juan, mordiéndole ferozmente.

Gracias que intervino rápidamente el quintero y pudo evitar que el feroz animal despedazase al chico.

Una imprudencia de los chicos: meterse en cercado ajeno; y otra imprudencia del quintero: tener suelto durante el día un perro tan travo, motivaron esta doble desgracia: un niño gravemente mordido y unos padres sumidos en la aflicción. Y todo, por la mala costumbre de perseguir a los pajaritos.

Pero los chicos no suelen pensar en estas cosas si tienen padres que los aconsejen o maestros que les enseñen lo que no debe hacerse, por medio de explicaciones y ejemplos sencillos.

Tal vez Eduardo y Juan, como no iban a la escuela, habían carecido de tan útil enseñanza.

¡Pobres chicos! ¿Qué culpa tenían ellos ?...

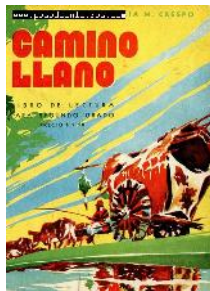
¡Y pensar que todavía haya chicos que no reciben las cariñosas advertencias de sus padres o maestros!

Carlitos cerró el libro y quedó pensativo.

¿Qué pensaría ese niño bueno y feliz?

Es fácil adivinarlo.

Camino Llano



Libro de lectura para segundo grado
Julia M. Crespo – Editorial Kapelusz - 1937

Imprudencia

¡No bajes a la calzada! ¡No juegues en la calle! ¡Ten cuidado con los vehículos, pues cuando menos lo pienses, puede ocurrir-te una desgracia!

¡Cuántas veces habrán oído estas recomendaciones los chiquillos del barrio! Pero ellos las olvidaban apenas escuchadas.

Hoy todos están en silencio. No se oyen gritos alborozados, discusiones, cantos. La calle está desierta. ¿Qué pasa?

Lo que forzosamente tenía que ocurrir. Un automóvil arrolló a uno de los pequeños aturdidos,

que tiene para varios meses de inmovilidad.

El doctor dijo:

—Fractura de la pierna derecha. Hay que enyesarlo y por un tiempo no podrá volver a las andadas.

¿Servirá de escarmiento para sus compañeros este caso que pudo ser fatal?

Así es mi Patria



Libro de lectura para tercer grado

María Lucía Cumora – Héctor Pedro Blomberg – Editorial Estrada – Primera edición 1942

Seré abanderado

—Señorita — dijo Alberto, apenas hubieron entrado en el aula —, cuando yo sea grande, quiero ser cadete abanderado de la Escuela Militar. Toda la noche he estado pensando en ello y mi suerte está echada, como dice mi padre, cuando habla de la suya.

—Hermosa y noble es tu ambición, Alberto. Haré votos para que la veas cumplida. Mas, dime ¿qué ha sucedido de ayer a hoy para que vengas tan decidido?

—Verá usted, señorita. Volvíamos de nuestra habitual excursión de los domingos. Ya le he contado que tenemos una casita para pasar nuestro fin de semana. Al enfrentarnos con la Escuela de Mecánicos de la Armada, sonó un toque de atención Papá detuvo instantáneamente el automóvil. ¡Vi arriar la bandera!

Es seguro que quedé fuertemente impresionado. Cuando me acosté, al principio no podía dormirme. Veía al pie de mi cama al mástil altísimo, y al gran lienzo descender con lentitud.

Después, soñé... Sin ningún ruido, abriéronse las hojas de mi ventana y, poco a poco, dibujóse en el marco de la misma, una figura de hombre. Su cara era hermosa, su expresión mansa. Vestía ropas de general e iba al frente de un grupo de soldados de aire aguerrido y valeroso. Lo reconocí. Era Belgrano.

Salté de la cama y cuádrème frente a él, sin pronunciar palabra. Entonces, con ese mismo cariño que, aseguran, sintió por todos los niños, me dijo:

—Bien se ve que no han sido vanas para ti, las lecciones de tus maestros. Eres un argentino verdadero. Si, como yo, no te dejas tentar nunca por la ambición o por la gloria, tu vida será quieta y fructífera. No te arredres ante la humillación ni ante la injusticia; sé más fuerte que la adversidad. Sigue mi ejemplo. Conoces mis triunfos y mis derrotas; sabes que depuse mi espada, sin dolor, ante el Gran Capitán; sabes también, cuál es la herencia que legué a los hijos de este país: la Bandera. Recógela y alístate entre los que seguirán guardándola para que jamás sea atada al carro vencedor de ninguna nación de la Tierra...

Se esfumó la imagen. Se cerró la ventana... Sonó el despertador. Me vestí a la carrera. Quería llegar temprano, señorita, para que usted conociese antes que los otros, lo que no supe decir el sábado último en la composición que llevaba por título: "Lo que yo quiero ser".

La influencia de un apólogo.

María Enriqueta.

Siete años contaba yo, quizá.

—Toma, pequeña — me dijo una mañana mi madre, acariciándome el cabello y dándome un papel, en el que reconocí su letra. Es este un breve consejo que acabo de escribir. Estúdialo frecuentemente, medítalo y guárdalo contigo para siempre.

Con gran reverencia tomé aquel papel, y después de besarlo, me fui hacia el fondo del jardín para leer en silencio sus renglones. Helos aquí:

Huye de las malas compañías, pues no podrán traerte bienes, sino perjuicios.

Si vas por la calle con un mal compañero, cuando a éste se le ocurra lanzar una piedra contra alguien, parte de la culpa recaerá sobre ti, o acaso la culpa entera, porque el malvado fácilmente encuentra ardid para escapar al castigo, arrojando la culpa sobre los demás.

Anda con los buenos, para que a tus ojos y a los ojos de los demás tengas fama de bueno.

Sadí, poeta persa que floreció en el siglo XIII explica, por medio de un bellissimo apólogo, la influencia que ejerce en nosotros la compañía de personas probas.

"Paseando un día, dice, vi, a mis pies una hoja seca que exhalaba un suave olor. Tomándola tiernamente y aspirándola con delicia, le pregunté:

—¿Eres algún pétalo de rosa? Tu fragancia te delata.

—Nó — me respondió —, no pertenezco a esa flor, mas he vivido algún tiempo junto a una hermosísima rosa, y de allí viene el perfume que esparzo."

No lo olvides, pues. Únete a los buenos para hacerte mejor, para que te alcance su atmósfera sana y tranquila.

Con la compañía de un bueno la vida se ennoblece.

Nueva Jornada



Texto de lectura para cuarto grado

Arturo Capdevila – Julián García Velloso – Editorial Kapelusz – Año 1956

Todos felices en la escuela

Aquella vez se disgustó grandemente el maestro, y con muchísima razón, pues se enteró en un recreo de que uno de los niños de la clase era víctima de sus compañeros, los cuales se burlaban de él a causa de un defecto físico.

Cuando el maestro vió lo que pasaba, hizo formar a todos los alumnos en fila y les dijo que ése era un día ingrato para la escuela. (Y lo decía con voz conmovida y doliente.) Les fué explicando que

jamás consentiría que un niño sufriera a su lado, y menos, por la obra de sus mismos compañeros. Después de hablar así, el maestro llamó al niño perseguido y le dijo:

—Desde hoy ya no te molestarán más tus camaradas. Y les preguntó a todos: —¿No es verdad? Y respondieron todos en coro:

—¡Sí, señor!

Desde ese día todos los alumnos se divierten sin ocasionar el dolor de nadie con burlas y juegos groseros. Los que por desgracia sufren alguna desventaja están ya seguros de que ninguno abusará con él ni de palabra ni de acción. Algo más. Están seguros de que todos los defenderán y los ayudarán, llegado el caso.

Y son todos muy dichosos. Muy natural que así sea. *Esos niños siguen el verdadero camino de la dicha. Esos niños saben que nadie puede ser feliz de verdad si no son felices todos a su alrededor.*

Paz y trabajo



Libro de lectura para cuarto grado
Carmen N. Hermo – Editorial Troquel – Año 1957

Colaboración

—¿Sabes, Irene, que el correo me devolvió la carta que te envié la semana pasada, invitándote a la fiesta del sábado?

En lugar de escribir tu dirección, había puesto la de Rosalía. No me explico cómo pude haberme equivocado de esa manera.

—Te advierto que esa equivocación cuesta dinero y tiempo al Estado.

El cartero llegó hasta el domicilio de Rosalía; ahí no se conocía a la persona que figuraba en el sobre y la carta tuvo que volver a la oficina. De allí, otra vez la llevaron a tu casa.

¿Te imaginas el tiempo que hizo perder esa carta, sin ningún resultado? Por eso conviene revisar la correspondencia antes de enviarla, para confirmar la exactitud de la dirección y del franqueo. Desgraciadamente, no todos dan importancia a estos detalles, que facilitan grandemente la agilidad de los servicios públicos.

Y muchos hay que no se sienten solidarios con sus semejantes, en ése y otros aspectos de la vida en común.

He visto, por ejemplo, a una señora que derrochaba el agua en forma que daba pena.

Y eso que todos sabíamos que debíamos usar lo necesario. .. Con ello evitaríamos su escasez.

Una tarde le hice notar el daño que nos causaba con su proceder, y le hice notar también que, si nosotros obrásemos como ella, se llegaría a carecer de agua hasta para lo más indispensable.

Si todos los vecinos cumplieren con sus obligaciones en lo que respecta al uso y cuidado de los servicios públicos, la población se vería grandemente beneficiada.

Ésa es una obligación que debe imponerse todo ciudadano que aspira al mejoramiento de la vida

social.

Sin colaboración no hay pueblo que adelante.

La verdad

Vamos ahora a otro lugar: a la escuela. Y de la escuela, un aula.

La clase estaba atenta. La maestra hablaba con entusiasmo y patriotismo de la riqueza forestal de nuestra patria.

Habían desfilado bosques de quebracho, aserraderos, fábricas de tanino... Habían visto grandes extensiones del norte argentino, en las que el ñandubay, el lapacho y el urunday mostraban su follaje y prometían a la industria el regalo de su madera dura e incorruptible.

Estaban en silencio cuando de pronto se oyeron exclamaciones de asombro y todas las miradas se dirigieron a una ventana.

Allí, golpeando contra los cristales, había un gorrioncillo desesperado por salir.

La maestra restó toda importancia al asunto, mientras abría la ventana, diciendo que quizá el ave hubiese entrado en un descuido, por la puerta.

No había aún terminado de hablar la señorita, cuando Ernesto poniéndose de pie, le dijo avergonzado:

—Disculpe, señorita. Yo fui quien trajo el gorrioncillo al aula. No pensé que pudiera escaparse y provocar este desorden. Quería llevarlo a casa para enjaularlo.

La maestra lo miró y al cabo de un instante, le dijo:

—Está bien, Ernesto. Has afrontado la situación diciendo la verdad, sin temor al castigo.

Tu franqueza vale más que el pequeño incidente que acaba de ocurrir. Tus compañeros y yo somos tus jueces: te absolvemos. ¿De acuerdo, todos?

Respondieron los niños con un: —Sí, señorita — y Ernesto les sonrió agradecido.

Después continuó hablando la maestra.

—Sin embargo, algo hay que no me deja muy conforme: querías aprisionar un pajarillo. ¿No piensas que él, igual que tú, nació para la libertad y para disfrutar el sol y el aire?

—Sí, señorita. No lo intentaré más.

Se sentó Ernesto y la clase continuó con la alegría y el entusiasmo del principio.

Bien; éste es el otro ejemplo; el del niño que dice la verdad. La verdad, que ayuda; la verdad, que salva.

De los dos casos, sé por cuál optaréis, para bien vuestro. Porque mientras el embustero cae envuelto en su mentira, al veraz lo levanta la fuerza de la verdad.